

UNION LITERATURA CUBANA '67



NARRATIVA

TRABAJOS SOBRE POESIA

PINTURA
POESIA MUSICAL
CINE
TEATRO
PINTURA
TEATRO



**revista de la
unión de escri-
tores y artistas**

de Cuba. No. 4, año VI.

diciembre,

1967

2

no de poemas **Historia de una persona.**

MANUEL DIAZ MARTINEZ (1936). Poeta y periodista. Ha sido agregado cultural en Bulgaria. Trabaja en el Instituto de Literatura y Lingüística. Recientemente ha sido publicado su cuaderno **La tierra de Saúd.**

DAVID FERNANDEZ (1940). Recientemente ha salido a la luz su poemario **La onda de David.** Ha trabajado como actor y escritor radial.

RAFAEL ALCIDES (1933). Su novela **Contracastro**, de la que aquí publicamos un fragmento, obtuvo mención en el Concurso Casa de las Américas. Recientemente ha sido publicado su premario **La pata de palo.**

DAVID BUZZI (1932). Autor de la novela **Los desnudos**, que fue mención en el concurso Casa de las Américas y obtuvo éxito de crítica y de público.

MIGUEL COLLAZO (1936). Dibujante y escritor de ciencia-ficción, autor de **El libro fantástico de Oaj.** Publicamos un fragmento de su novela de igual título, inédita.

REINALDO ARENAS (1943). Autor de **Celestino antes del alba**, una de las más importantes novelas publicadas en Cuba en los últimos años.

REYNALDO GONZALEZ (1940). Publicamos un fragmento de una novela en preparación. Es autor de **Miel sobre hojuelas.**

CONTRACASTRO

208

**RAFAEL
ALCIDES**

Pasa la tarde.

Llega la hora del entierro. Empiezan a llegar delegados de las Organizaciones. Al llegar al cementerio somos unas treinta personas. Ha sido un cortejo rápido. El padre de Carla no habla. Sigue borracho, las piernas blandas, la expresión idiota. Yo no sé por qué estoy aquí. Pero siento que debo estar. Es como asistir al entierro de un sueño nacido dos años atrás en un lugar como éste, en circunstancias como éstas. Toda aquella alegría fue estúpida. Al final la muerte nos tomó el pelo. Dijimos entonces que se había suicidado. No es cierto. Se murió el último día de la vida. Lo transcurrido lo demuestra... El padre Angel abre el librito de las oraciones, se prepara a despedir el duelo. Los de las Organizaciones dicen que, tratándose de un muerto político, será mejor que lo despidan ellos. El padre Angel dice que es un muerto suicidado. Los de las Organizaciones contestan que los suicidados también son muertos políticos. Hace un viento frío que arranca extraños ruidos al deslizarse sobre las lozas. El sol no ha salido en todo el día. Una vaga neblina comienza a envolvernos. Llega Conte Agüero con dos fotografías. Estaba por allí despidiendo un duelo. Insiste en despedir éste también. Alega que la muerte era amiga suya, persona de su afecto. Los delegados se muestran contrariados. Se retiran a deliberar junto a un árbol. El padre Angel dice que esto no le parece bien, más estando ahí, caliente todavía, el cuerpo de la difunta. Los que llevan sombreros los sostienen en la mano. Se le pregunta al padre de Carla. Dice que como fueron las Organizaciones las que hicieron la colecta para el entierro. Me acerco a los delegados. Alguien dice que hable uno por cada Organización. Conte dice que eso sería una locura, hay representadas más de 30 organizaciones. Finalmente se acuerda que hablen cinco. Los ánimos se han calmado. Al fin la muerte va a poder ser enterrada. Entonces un delegado pregunta que quiénes serán los cinco delegados que hablen y quién el que haga el resumen. Conte dice que debido a su estrecha amistad con la muerte, el resumen le corresponde a él. Otra vez se forma la discusión. Las palabrotas. El padre Angel se acerca, les pide que se fijen donde están. Es el camposanto, señores, por Dios. Un delegado dice que se trata de un muerto de la patria y por lo mismo debe ser enterrado con todos los honores. El padre Angel pregunta que qué tienen que ver los honores

con las malas palabras. Conte vuelve a llamar a todos a la cordura, propone que menos el resumen, que lo hará él, se sortéen los otros turnos. Un delegado ofrece el sombrero, pero otro dice qué dónde están los papeletos. El padre Angel sospecha que este procedimiento no ha de agradar al Señor. Conte sugiere que hablen los primeros cinco delegados que llegaron a la funeraria, dejándole el resumen a él, pues así se lo había pedido la muerta la semana pasada. Los otros dicen que ella no sabía entonces que se iba a morir. Conte dice que sí, que cómo no, que no ha sido una muerte sino un suicidio, algo premeditado. Esas cosas se presienten, señores. El padre de Carla dice que él no conoce a Conte, tampoco sabía que su mujer lo conociera. Conte dice que ese hombre está borracho. No se ponen de acuerdo. El manoteo. Los alegatos. Acusan a Conte. El padre Angel pide paz. Siguen discutiendo. Las malas palabras. La tarde ha seguido poniéndose fría, casi ha anochecido de repente. La gente se levanta los cuellos de los sacos. Vistos a distancia sólo se percibirían las siluetas, el ojo encendido de los cigarros. Los mármoles están mojados. La tierra de las sepulturas están fangosas. El padre Angel trata de hacerles comprender. Los otros dicen que Conte no tiene por qué hablar, fue el último que llegó; además, ya hoy ha despedido dos muertos. El padre Angel dice que a quien correspondería el resumen es a él y él delega en Conte, y que por amor de Dios comience ya el acto. Alguien se acerca a avisar que no sé por qué cosa van a cerrar el cementerio.

Sólo hay oportunidad para un orador. Conte dice que ese orador es él. El padre Angel lo apoya. Un grupo de delegados dice que eso es un acto de politiquería, que no se ha respetado el derecho de las organizaciones a manifestarse en los actos patrióticos. Se retiran. Con los que van a bajar el ataúd y los del carro quedamos unos catorce. Conte se encarama en un único obelisco, a distancia. Le decimos que está muy lejos. El dice que es la única manera de que se le pueda ver bien. Dejamos el sarcófago solo, envuelto en las dos banderas. Nos acercamos a Conte. El se encarama todavía más alto. Saca del bolsillo interior del saco una banderita cubana enganchada con un palito. Lleva un brazaletes con una cruz. El viento le da de frente en la cara. Medita. Con el pulgar y el del medio se aprieta la parte superior de la nariz junto a los ojos. Poco a poco se va poniendo alto, recto. Ya casi se confunde con los otros mármoles. Ha terminado de mirarnos fijamente uno por uno. El pequeño rumor de impaciencia que comenzaba es cortado en seco cuando, inesperadamente, Conte rompe a recitar, de Plácido, la «Plegaria a Dios». El aire le ha parado el pelo de punta. Su voz está enronquecida por el dolor. Dice al terminar las estrofas que bien pudiera la muerta, camino del cielo, ir recitando los versos inmortales que acaba de evocar, ya que, sabido es de todos, agentes del castrocomunismo en Miami han querido infamarla a ella también, haciéndola objeto de las peores calumnias. Recuerda una leyenda griega, después habla de Federico el Grande. Pasa a enumerar las bondades de la muerta. Prefiere recordarla allá, en su soleada residencia de Miramar,

cuando todavía Dios reinaba en Cuba y ella parecía un tímido búcaro de cristal, enjorado como el amor, caritativo como la mano divina que lo talló en una tarde de prodigios. Evoca el pecho pulido de los guerreros de Esparta. Sin saber cómo el tímido búcaro de cristal se ha transformado en el cáliz donde reposa la sangre de Nuestro Señor. Qué manera de hablar mierda, se oye una voz detrás de nosotros; como si todo el mundo no supiera que ha muerto por puta. Y por maricones, dice otro. El padre Angel les indica que se callen. Una pequeña risita contenida se ha hecho en todos los rostros. Conte no se entera. Espesas lágrimas ruedan por sus ojos. Se le ha enredado la corbata alrededor del cuello y el pelo sigue tieso, al aire. Con las dos manos parece querer estrangular las conciencias culpables. Dice que la muerte del más humilde refugiado es la muerte de un soldado muerto en campaña. La mató la lejanía, la mató la vergüenza, el dolor por el calvario impuesto por Moscú a su amado pueblo. ¡Otra muerte de los bolcheviques! ¡Otro crimen! Avisan entonces que hace seis minutos debió haber sido cerrado el cementerio. Conte jura, para terminar, que el honor de la muerta será vengado. Que el 24 de febrero estaremos en Cuba. Que los vendidos al oro de Moscú serán escarmentados. Que la guillotina de la libertad habrá de funcionar en el Parque Central de La Habana. Dice que no es momento de lágrimas ni de pañuelos. Tampoco es momento de decir adiós, si acaso, simplemente, hasta luego, pues alguna vez ya habremos de reencontrarnos en el regazo del Señor, para decirle: Cristo, vuestra tierra ha sido redimida; para decirle: Cristo, aquí estamos, soldados de la paz y el amor... Entre tanto, muerto a muerto vamos construyendo el edificio de la patria, el rascacielos de la libertad. Parece que se va a impulsar otra vez. El padre Angel le hace señas con los dedos haciendo de tijeras. Otros le tiramos piedrecitas. Conte pide un solo minuto, un solo minuto más. Se limpia el pecho, se pasa el pañuelo por la cara, toma agua de una botellita que ha traído en el bolsillo. Sentencia que los muertos de la patria son héroes, modernos dioses. Y yo os digo, patriotas, que a los dioses no se les llora, ¡se les aplaude! Por tanto, en vez del consabido minuto de silencio, yo os pido para este glorioso soldado muerto por la patria ¡un minuto de aplausos...! Yo no sé por qué, pero todos nos hemos puesto a aplaudir, hasta los de la funeraria. El padre Angel dice que ha sido un muy hermoso discurso, que Conte es el hombre indicado para estas cuestiones. Estoy situado junto al padre de Carla. Le he puesto la mano en el hombro. Conte viene hasta mí con grandes lágrimas en los ojos, me abraza ferozmente, me dice que no somos nada. Antes ha abrazado al padre Angel. Le digo que yo no soy nada de la muerta. Dice que él lo sabe, pero que la emoción. Casi hemos emprendido la marcha cuando el doctor Ramírez observa que la muerta está todavía sin enterrar. La metemos en el hoyo y nos vamos. Acompañamos al doctor hasta su casa. Lo dejamos acostado. El padre Angel promete pasar a verle siempre que sus menesteres se lo permitan. Está un sacerdote tan ocupado estos días.